

alrededor del Sol también estaba admitida por algunos, especialmente por Aristarco de Samos, siguiendo en esto la enseñanza de Pitágoras y de su escuela; hasta se dice que fué amenazado con un proceso de impiedad bajo la imputación de querer «desplazar el foco íntimo del mundo»<sup>1</sup>. Además, las leyes de la gravitación eran ya presentadas, puesto que según ciertas hipótesis, la Luna no cae, «gracias á su marcha y á la rapidez de su revolución; del mismo modo que los proyectiles colocados en una honda se encuentran retenidos por el movimiento circular que se les imprime». Por último, los sabios hablaban del absurdo de todo sistema que diese á la Tierra por centro del Universo; «siendo el mundo infinito, decían, la Tierra no puede ser el centro»<sup>2</sup>.

En sus obras materiales, la gloria siempre creciente de los Griegos provino sobre todo del maravilloso sentido de la medida y de la forma, en el cual no han sido todavía aventajados. Ninguna de sus pinturas ha sido conservada, y sólo podemos formarnos una idea indirecta por las decoraciones — romanas y egipcias, aunque evidentemente nacidas bajo la influencia del arte griego, — cuyos restos se han encontrado en las cenizas de Pompeya y en las excavaciones de Hawara. Algunas obras maestras de escultura, debidas á Mirón, Fidias, Scopas, Praxiteles, son todavía el orgullo de nuestros museos, nos transportan á la presencia de esos dioses que representan verdaderamente un ideal del hombre, tal como los Griegos le habían concebido en el perfecto equilibrio de su fuerza y de su gracia, de su nobleza y de su belleza; así, esa misma perfección, donde los artistas habían sabido fundir admirablemente la idea primera de la majestad, en otro tiempo groseramente simbolizada por las reglas hieráticas, y la ciencia de la realidad viviente, esa perfección tuvo por consecuencia detener durante largos siglos el libre desarrollo del arte, dejando el sentimiento de su impotencia á los hombres que siguieron; durante mucho tiempo, los mejores, desesperando de alcanzar las cimas inaccesibles, se agotaron deplorablemente en vanas imitaciones, en lugar de intentar virilmente vías nuevas correspondientes á pensamientos nuevos. Del mismo modo que los monumentos de la grande estatuaria, las encan-

<sup>1</sup> Plutarco, *Du Visage qui se voit dans le Disque de la Lune*, 6.

<sup>2</sup> *Ibid.*

tadoras figurillas de Tanagra, los jarros, las ánforas, los vasos encontrados en los templos y las tumbas permanecieron como tipos que, en la admiración de los modeladores y cinceladores, fueron casi considerados como no iguales.

Los diversos órdenes de arquitectura clásica fueron también, por lo que respecta al genio helénico, reproducidos sin originalidad sobre todos los suelos y en todos los climas, y con frecuencia sin elección razonada entre los dos estilos transmitidos por los Atenienses á los pueblos sucesores: el corintio con su capitel en canastillo de hojas de acanto, data realmente de la época romana; la cariátide, aunque perteneciente á la concepción helénica, no tuvo más que un empleo restringido. El «orden dórico», forma de arte que se encuentra especial-



Cl Giraudon.

ESTATUITA DE TIERRA COCIDA DE TANAGRA

Museo de Chantilly.

mente en los orígenes del estilo micénico, recibió este nombre porque los Dorios eran entonces los dominadores de las comarcas del Peloponeso, donde surgieron primeramente templos de ese tipo arquitectó-



nico<sup>1</sup>; puede considerársele como helénico nacional por excelencia. Directamente, nada debe á Egipto; antes que los Griegos se esparciesen por el valle del Nilo, la forma del templo dórico estaba perfectamente determinada en las grandes líneas. La apertura de Egipto á los marinos Helenos no pudo tener sobre los progresos de la arquitectura de Grecia y de las islas sino efectos muy indirectos y generales, por la admiración que produjo la vista de los enormes edificios ribereños del Nilo y por el espíritu de emulación que hizo nacer entre los artistas griegos<sup>2</sup>. El templo dórico no es otra cosa que la «casa real» de los tiempos homéricos, rodeada de una columnata para acrecentar su majestad divina. Este modo arquitectónico no tomó nada á las prácticas del extranjero; es verdaderamente el hijo primogénito del genio de Grecia.

En cuanto al arte jónico, nacido en la Grecia del Asia, su nombre está bien justificado desde el punto de vista de la historia, ya que Jonios de Asia fueron quienes helenizaron las formas locales de la construcción. Eolios y sobre todo Jonios del litoral se habían unido con Fenicios y Chipriotas; por la Capadocia y otros países del interior hasta se habían hallado en relaciones con Asiria y Persia. Entre las formas arquitectónicas que pertenecían ya al mundo del Asia Anterior, mucho antes del nacimiento del mundo jónico, la voluta era un ornamento muy esparcido, que los constructores jónicos tomaron ciertamente de sus predecesores en civilización. Del mismo modo la columna jónica se parece á la de Asia por su mayor ligereza relativamente á la columna dórica: aunque los palacios conocidos de Persia sean muy posteriores á los más antiguos monumentos de Jonia, hay motivos para pensar que sus columnas, tan esbeltas en comparación de las de todos los órdenes griegos, continúan las tradiciones iránicas y reproducen las formas de una arquitectura anterior, como la del Mazanderán, donde troncos de árboles, y no pesados pilares de piedra, soportan los techos. Á estas influencias de la construcción de los Persas, debe la columna jónica su forma elegante lo mismo que el perfil de su base y las numerosas acanaladuras de la superficie; pero de los Atenienses triunfantes después de las

<sup>1</sup> G. Perrot y Ch. Chipiez, *Histoire de l'Art dans l'Antiquité*, t. VII, ps. 348 y 349.  
<sup>2</sup> *Ibid.*, t. VII, págs. 654 á 667.



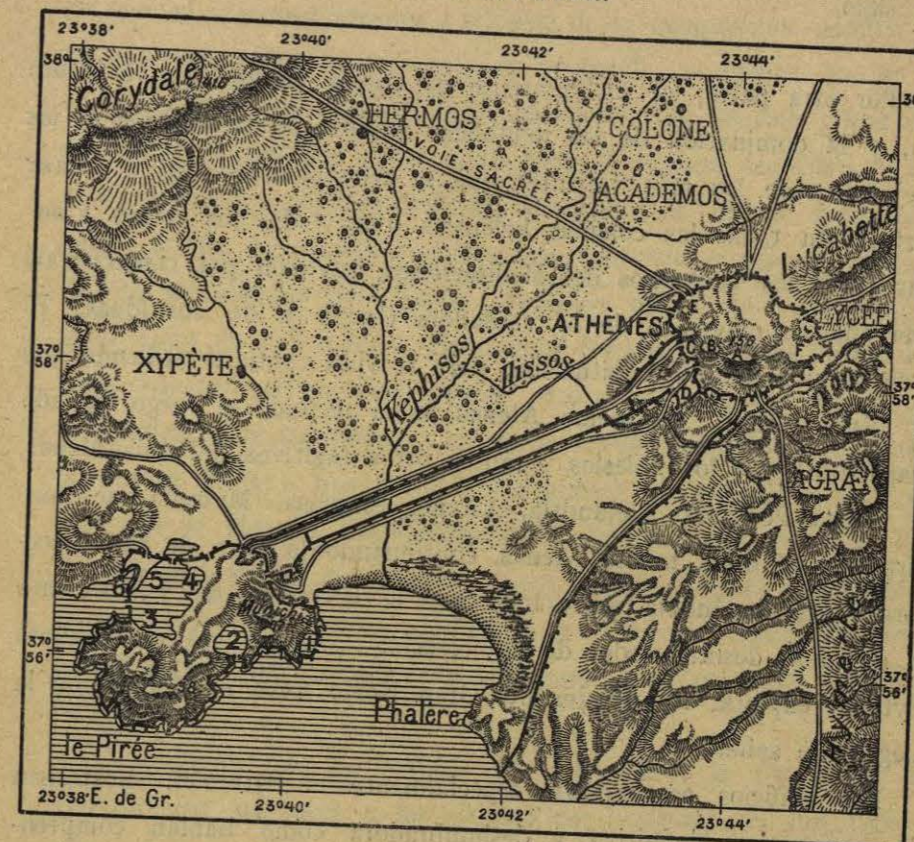
COLUMNAS JÓNICAS DE LA ERECHTEA EN ATENAS  
 FIN DEL SIGLO V ANTES DE LA ERA VULGAR

Cl. Bonfilis.



guerras médicas recibió su carácter universal: otro tanto ocurrió respecto del orden dórico, reservado en otro tiempo á los edículos ele-

N.º 173. Atenas y el Pireo.



1: 100 000

0 1 3 6 Kil.

## ATENAS

- A. Acrópolis.
- B. Areópago, Residencia del Tribunal.
- C. Pnyx, Asamblea del Pueblo.
- D. Colina de las Musas.
- E. Barrio de Cerámica.
- F. Ciudad de la época romana.

## EL PIREO

- 1. Dársena de Munichia.
- 2. Dársena de Zea.
- 3. Puerto militar, Kantharos.
- 4. Puerto de comercio, Emporion.
- 5. Aphrodision.
- 6. Puerto mudo.

El paseo del Liceo recuerda la enseñanza de Aristóteles, y los bosquecillos de Academos, la de Platón.

La ciudad actual de Atenas se desarrolla principalmente hacia el Norte.

vados por gentes del Peloponeso en Tebas y otros lugares de peregrinación. Cuando á Atenas, convertida en la verdadera metrópoli de todos los Griegos, acudieron tantos sabios arquitectos venidos de



todas partes de Europa y del Asia helénica, sus artes llegaron á conquistar derecho de ciudad en la Grecia antigua, en Sicilia é Italia; después la herencia se propagó de pueblo en pueblo y de siglo en siglo.

Por otra parte, el fin aparente de Grecia no era un verdadero fin, y la dominación de las repúblicas madres, la expatriación de los mejores y de los más valientes que se refugiaban ó iban á buscar fortuna en todas las colonias helénicas ó en todos los reinos «bárbaros» de los contornos del Mediterráneo, tuvieron por consecuencia una enorme extensión de la verdadera Grecia y de sus ideas. El foco de vida cambió de situación, pero la vida continuó ardiendo con el mismo ardor. Así como Atenas había recibido el fuego sagrado transmitido por los Milesios y tantos otros fugitivos del Asia Menor, el mismo Pérgamo, Alejandría, Cirene, Siracusa, Marsella, se convirtieron en otras tantas Atenas, continuando la obra de su antecesora, y continuándola sobre todo por la actividad del pensamiento y el amor desinteresado de la ciencia. ¿No se vió al Masiliota Pytheas explorar los pasajes del Gran Norte Atlántico, sólo por la alegría de saber?

Los edificios construidos, especialmente el Partenón, mostraban de una manera definitiva y deslumbradora cómo habían comprendido los artistas griegos la realización de su ideal en arquitectura; pero en filosofía, en moral, en la concepción de la vida personal y colectiva, no acabaron su obra hasta mucho tiempo después: puede decirse que en el destierro redactó Grecia el testamento de los siglos vividos por ella y su método de enseñanza para los pueblos venideros.

La causa primera de este admirable desarrollo del pensamiento que caracteriza á Grecia, debe buscarse en la débil influencia del elemento religioso. Los sacerdotes no gobernaron los Helenos. Es cierto que el sacerdocio intentó constituirse en las repúblicas eólicas, jónicas y dóricas, como lo había hecho también en todos los demás países del mundo, pero tuvo escasísimo éxito en su empresa. Los mitos aportados de Egipto, de Fenicia y de Persia no fueron acompañados de sus terribles intérpretes, los mágicos dispensadores de la

salvación. En cada vallecillo de montaña, en cada familia del clan primitivo, el Griego era su propio sacerdote, y cuando la tribu tomó mayor extensión, los representantes políticos de los ciudadanos presidían un culto general. La mitología griega, tan rica y tan variada, se renovaba incesantemente á impulso de la imaginación popular que, de valle en valle, de península en península, lo mismo que de siglo en siglo, modificaba rápidamente sus dioses. El sentido primitivo de las fábulas inventadas por el simbolismo — primera tentativa de resumen sintético — quedaba todavía claro para la mayor parte de los fieles: sabían éstos perfectamente que Zeus era el «Gran Día», y, á la vez, el soberano del Olimpo; Poseidon era el dios del mar, pero sobre todo el mar mismo; Hephaistos forjaba las armas de los dioses en el foso subterráneo de las lavas, pero se mostraba en persona bajo la apariencia de las llamas. Así, entre todas las divinidades, Demeter, la «Buena Madre», que protegía las mieses, era la mies misma ondulada por el viento. Esa transparencia de los mitos permitía á los Griegos pasarse sin intermediario para comprenderlos; aparte de que la ciudad quedaba harto pequeña á la vez que demasiado agitada también para que pudiera formarse un sacerdocio de exterioridad inmutable.

Ciertamente que la belleza del cielo claro, la pureza de perfil que ofrecían las rocas y las colinas del horizonte, la luz esparcida sobre el mar, habían contribuido á dar encanto y alegría al conjunto de la mitología griega. El espanto de la muerte, el miedo de lo desconocido que se supone existente al lado opuesto de la tumba, reinaba menos sobre los Helenos que sobre las poblaciones de las comarcas donde la Naturaleza es más sombría y sus fenómenos más temibles. Esa fué una de las causas por que evitaron la intervención constante del mago que conjura la suerte por medio de gestos, contorsiones y gritos; se habían separado en esto de sus parientes y aliados del Asia Menor que, en el Ponto, Capadocia y Cilicia, se entregaban á angustias extáticas, como lo hacen todavía en nuestros tiempos el *chamán* turanio, el exorcista católico y el *piagé* de Mundurucú.

Durante el bello período de Grecia, el cruel destino, que se cernía sobre los mismos dioses, y cuya dominación terrible nos ha sido